

nidenses, desde Carver, Cheever y Flannery O'Connor, a las contemporáneas Carol Joyce Oates, Lydia Davis y Carson McCullers, que me sedujeron, y ahí sigo básicamente. Naturalmente, puesto que mi formación es filológica, no puedo olvidarme de los novelistas clásicos y su obra, estarán en alguna parte gravitando en todo lo que he escrito, y cito a novelistas admirables como Flaubert, Baroja, Clarín, y Galdós, sin olvidarme de los rusos, Bulgakov y Bábel, y el maestro de todos quienes cultivamos este género, Chejov; bien, de toda esta amalgama de influencias literarias y de una vuelta a mis raíces, familiares y generacionales, es mi novela **Memoria y geografías** publicada en Cénlit en 2013. Esta ha sido mi apuesta reciente en el terreno de la ficción. Varios proyectos están terminados, otros están en marcha, ahora es el azaroso azar y el inexcusable esfuerzo los que decidirán.



123

García Arano,

Pascual

(Pamplona, 1963)

El libro que escribí

El libro que escribí llegó a la tierra desde el futuro en el culo de Terminator, como un cometa. Llegó desde ahí, pero también podría haber llegado en el trasero de un bolero que vive en el Atlas y atraviesa el estrecho cada cuatro meses -dicho sea sin retransca- para ir tirando. No sé, el caso es que llegó y, según me cuenta ahora, curiosamente, lo mejor de todo le pasó por el camino, en aquel tiempo de febril impulso creativo que consiguió multiplicar por tres el valor de las acciones de Johnny Walker en los mercados. Maldita sea. Luego, le sacaron una foto y lo pusieron bonito, lo metieron en una caja de cartón y lo apilaron, junto a otros, en un almacén. Ahora espera dócil, agota-

do de no hacer nada, a que le den fuego cualquier día de estos en una especie de Mauthausen para libros. Es curioso lo que me cuenta, porque, en sus páginas, la gente no suele esperar a que la maten... Se matan ellos antes...

Me dice también que le hubiera gustado pasearse de la mano de una adolescente por los vagones del metro de Madrid o llenarse de arena en alguna playa de Almería, incluso tener una repisa en la que descansar satisfecho después, a la vuelta, una vez desvelados los secretos de la última página; pero qué va. Ahí se han quedado medio huérfanos todos sus rutilantes protagonistas: Germán Tejero, el madero; el tío ese raro que persigue a los coches yendo por delante y no por detrás, la mujer del floristero pederasta, que de tanto esperar frente a la puerta de casa había hecho una especie de agujero en la baldosa del pasillo sobre la que se pasaba horas, el periodista borracho y jugador, el camarero y su maldito local con el suelo abarrotado de grasa y de servilletas de papel y de colas de gamba; Javier Azcárate, agregado cultural de la Embajada de México en España, la chica del burka o Juanillo, el cerdito que había hecho su casa de ladrillo y que le metió diecisiete tiros al hijo de perra del lobo en toda la nuca cuando vino a buscarle.

El libro ese me dice también algo que ya sabía yo: me dice que aunque parezcan varios, siempre es el mismo libro y que, según parece, si se me ocurre escribir otro volverá a ser el mismo otra vez pero, en esta ocasión, sin derechos de autor.

¡Ah! Y me recuerda también que no me olvide de saludar, como dice un capitán de la policía de New York en *La Jungla de Cristal III: La venganza*, a los "malditos bibliotecarios". Pues nada, saludados quedan...

124



García Larraz,

Ángel

(Peralta, 1946)

Galabary nació en una parte privilegiada de la tierra y se apropió de esa condición hasta hoy. Lloró por primera vez un 3 de julio, el mismo día que Frank Kafka y que Bill Clinton; admira la inteligencia de uno y